



www.loqueleo.com/co

Máquinas mestizas. Antología de ciencia ficción latinoamericana

Del texto:

© 2025, Javier Fontecilla, “Ven, devórame otra vez”

© 2025, Paula Salmoiraghi, “Le viajere”

© 2016, Pablo Dobrinin, “Un jardín en Nueva Kybartai”

© 2024, Maximiliano Barrientos, “La canción del espectro”

© 2023, César Santivañez, “Yo hablo con mil voces”

© 2023, Juan Diego Díaz, “El algoritmo del carnicero”

© 2025, Juan Pablo Bustamante, “Bogansotá, 2046”

© 2025, Marilinda Guerrero, “Mordida sin clase”

© 2018 y 2020, Andrea Chapela, “Calculando, recalculando”

© 2020, Richie Narvaez, “Room for Rent”

© De la traducción de “Room for Rent”: 2025, Juana Silva Puerta

© De esta edición:

2026, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá-Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7889-22-4

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: abril de 2026

Selección y prólogo: Luis Carlos Barragán

Ilustración de cubierta: Luis Carlos Barragán

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

MÁQUINAS MESTIZAS

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA

Selección y prólogo de Luis Carlos Barragán

loqueleg

Prólogo

Por Luis Carlos Barragán

Una crisis de la imaginación

7

Cuando tenía diez u once años y pasé de quinto a sexto grado, hubo una transformación en el valor que se le daba a la imaginación entre los niños de mi edad. Las cosas mágicas, monstruosas o extrañas que mi mente hiperactiva producía pasaron a ser ridículas, ridiculizadas, y reemplazadas, a punta de presión social, por cosas que simulaban ser más “adultas”, porque ¡con qué afán quieren los niños crecer! Todos comenzaron a hablar de novios y novias, chismes de la farándula y música popular. Además, la literatura en la primera década de los 2000, que era presentada como “seria” por nuestros profesores, no era muy imaginativa. Hay que recordar que en esa década, y en la inmediatamente anterior, al menos en Colombia, la escena literaria la ocupó la crónica, las novelas sobre sicariato, la narconovela o el realismo sucio. Si bien el anime y el cine de Hollywood de gran presupuesto estaba basado en propuestas imaginativas de la fantasía y la ciencia ficción, retratar a mi país y a mi ciudad en esas claves no parecía posible; nadie lo estaba

haciendo. Era como si las virtudes de la imaginación, que son infinitas, fueran un privilegio reservado solamente a los japoneses y a los norteamericanos. A quienes nacimos en ciudades violentas, en provincias poco conocidas, en realidades complejas, nos hicieron creer que era ridículo fantasear en magnitudes colosales o cósmicas. Se nos prohibió tácitamente imaginar planetas pensantes que se comunicaran por RadioTolima, viajes a la velocidad de la luz en naves llamadas Pachacútec IV, enormes robots chamánicos que aplastaran Culiacán o viajeros en el tiempo intentando evitar la guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia; y además, acaso, se nos prohibió también imaginar un futuro en el que nuestros territorios fueran viables o exitosos.

Afortunadamente algunos se han atrevido a retar esa imposición, no solo ahora; hay toda una historia de la ciencia ficción, la fantasía y el terror en Latinoamérica desde el siglo XIX que implica que al menos algunos imaginadores se permitieron ir más allá de lo mimético; en el caso de la ciencia ficción, siempre desde la alteridad; en el caso de la fantasía (sobre todo con su eufemismo culto para vender mejor, “el realismo mágico”), desde el éxito del *boom* latinoamericano. Desde los años noventa en adelante es como si esa chispa, esa ventana cósmica, se hubiera cerrado, pero el atrevimiento de un par de generaciones de escritoras y escritores ha desatado el pandemónium.

Desde hace ya una década, más o menos, ha habido un hervor de ciencia ficción en Latinoamérica lo suficientemente constante y de tan buena calidad como para que los periodistas y críticos literarios se sientan obligados

a ponerle un nombre, como si fuera un movimiento, o un periodo o una vanguardia. Unos ya han propuesto: el New Weird o “Nuevo raro” latinoamericano; puede ser, pero tal vez ni son la misma cosa. Mucho ha cambiado en estos diez años. No solo pasó la ciencia ficción de ser considerada un género menor, de nicho, o incluso infantil (despectivamente), a ser prudentemente valorada en sus posibilidades de imaginar el futuro y el presente, y especular a profundidad sobre nuestra relación con la ciencia, la tecnología y nuestra propia vida. ¿Cómo sabemos esto? Por un lado lo indican el número de premios entregados a obras enmarcadas en el género, como *Cadáver exquisito*, de Agustina Bazterrica, que ganó el premio Clarín, galardón que también obtuvo recientemente otra obra cercana a la ciencia ficción: *Si sintieras bajo los pies las estructuras mayores*, de Roberto Chuit Roganovich. *Mugre rosa*, una distopía viral apocalíptica, de Fernanda Trías, obtuvo el premio Sor Juana Inés de la Cruz, y Rita Indiana fue galardonada con el Gran Premio de la Asociación de Escritores del Caribe con *La mucama de Omicunlé*, una novela extraña sobre viajes en el tiempo y dioses caribeños. Que Mariana Enríquez se ganara el Herralde en el 2019 con *Nuestra parte de noche*, que no es ciencia ficción sino terror, igual ha ayudado al ojo a posarse sobre todo en lo especulativo, lo fantástico. A este fenómeno le ha seguido una hermosa explosión de publicaciones e investigaciones serias sobre la ciencia ficción latinoamericana que han salido de la academia, incluyendo tesis de maestría y doctorados; ahora tenemos un puñado de doctores en literatura con sus PhDs de la Universidad

Cornell, la Universidad de Talca (Chile), la Universidad de Alcalá de Henares (España) o la Universidad de los Andes (Colombia), entre otras, que están dedicados a tiempo completo a estudiar, entender y teorizar sobre la producción de ciencia ficción latinoamericana. Además, cuando antes la poca ciencia ficción producida en nuestro continente era publicada por editoriales independientes con poca capacidad de distribución, ahora Planeta, Alfaguara, Anagrama, Penguin, entre otras, han estado publicando ciencia ficción local ya sin miedo. No por eso las independientes han perdido su camino, todo lo contrario, se han conectado entre sí, creando redes de literatura continental, con propuestas tan extraordinarias como la editorial Caja Negra en Argentina, concentrada en ficción especulativa y filosofía contemporánea, o Elefanta, en México, Lava, en España, y Vestigio, en Colombia, dedicadas a la literatura extraña, a lo nuevo y a la ciencia ficción. Se pueden imaginar que el campo de la traducción de ciencia ficción latinoamericana a idiomas extranjeros está lentamente pasando por el mismo camino.

Es difícil saber si esta efervescencia de escritores y títulos ha alcanzado una madurez, o un pico, pero la antología que nos convoca pretende dar continuidad, y surfear esa ola. No porque esté de moda, sino porque queda mucho por hacer. Es urgente que más y más personas podamos abrir nuestra imaginación y disponerla a transformarlo todo, ya sea para tener perspectivas amplias y distintas sobre quiénes somos y a dónde vamos, para imaginar soluciones a problemas reales, plantear qué futuro queremos y qué futuro

no queremos, o incluso replantear nuestro pasado. Es más urgente todo ese trabajo imaginativo ahora que la tecnología avanzada nos rodea, que estamos conectados a todo el planeta, que usamos inteligencias artificiales todos los días, que se nos acercan los carros autónomos y los robots con la amenaza de reemplazarnos, y que somos vigilados y nuestros datos son vendidos a corporaciones multimillonarias que controlan países enteros. Necesitamos hablar de ello, criticarlo, imaginar sus consecuencias más oscuras y más luminosas. Los cuentos “El algoritmo del carnicero”, del colombiano Juan Diego Díaz, y “Calculando recalculando”, de la mexicana Andrea Chapela, cumplen ese papel en este libro. El primero nos presenta los peligros de la automatización del trabajo con un simpático robot carnicero que nunca descansa; el segundo, el perfeccionamiento de las *apps* de citas a través de la inteligencia artificial que predicen si nuestras relaciones románticas serán o no exitosas. “Mordida sin clase”, de la guatemalteca Marilinda Guerrero, también nos ofrece un escenario en el que la tecnología se nos sale de las manos, cuando su protagonista adquiere unos nuevos dientes mecánicos que requieren pagos cada vez más caros para poder usarlos.

Pero, más allá de un propósito político, tenemos que permitir el espacio para la más espectacular de las capacidades humanas: imaginar en todas sus dimensiones, sin restricciones y sin propósito, tocar mundos, algunos oscuros y otros magníficos. Juntos, el lector, la lectora, el escritor, la escritora, pueden vivir lo que les dé la gana, y al hacerlo compartir la naturaleza de lo infinito.

Los problemas

Esta es una antología de ciencia ficción latinoamericana. Al decir eso nos hemos metido en un problema porque implicaría que tenemos claro A) lo que significa la ciencia ficción y B) lo que significa Latinoamérica y, en su conjunto, que C) la ciencia ficción latinoamericana se diferencia en algo de la ciencia ficción no-latinoamericana (europea, africana, árabe, china o norteamericana). En estas preguntas, que parecen fáciles de responder, pero que son las que se plantean a profundidad estos académicos de los que hablamos, aparecen los rasgos del pensamiento contemporáneo, tanto de los estudios literarios, los estudios latinoamericanos, la teoría poscolonial, la teoría *queer* y feminista, lo posmoderno, etc. Como antologador, no me queda otra que tomar partido y presentar una visión, aunque consciente de que no es la única. Mi propuesta es el diálogo.

- A. Definir ciencia ficción es un problema en sí mismo, y no quiero detenerme mucho en ello. (Hay monografías enteras que dedican muchas de sus páginas a barajar argumentos sobre la definición exacta, como por ejemplo *Metamorphoses of Science Fiction*, de Darko Suvin, que define y discute la poética de la ciencia ficción en su historia). Cada definición que se ha propuesto ha sido rebatida con alguna obra que reta tal definición, lo que ha obligado a ampliarla cada vez más. Además, hay que tener en cuenta que la ciencia ficción como género especializado tiene una tradición centenaria que ha

pasado sus agueridas discusiones y su desarrollo en otras latitudes, y ahora, después de toda esa historia, con periodos y subgéneros enteros que han nacido y han muerto, tenemos la oportunidad de agregar algo hoy.

Por ejemplo, usemos la definición de ciencia ficción de Wikipedia en español:

Es un género especulativo que relata acontecimientos posibles desarrollados en un marco imaginario, cuya verosimilitud se fundamenta narrativamente en los campos de las ciencias físicas, naturales y sociales. La acción puede girar en torno a un abanico grande de posibilidades (viajes interestelares, conquista del espacio, consecuencias de una hecatombe terrestre o cósmica, evolución humana a causa de mutaciones, evolución de los robots, realidad virtual, civilizaciones alienígenas, etc.). Esta acción puede tener lugar en un tiempo pasado, presente o futuro, o, incluso, en tiempos alternativos ajenos a la realidad conocida, y tener por escenario espacios físicos (reales o imaginarios, terrestres o extraterrestres) o el espacio interno de la mente.

Esta definición me gusta, pero en el campo contemporáneo he visto cómo muchos autores y lectores han desafiado la parte de las “ciencias físicas, naturales y sociales”, estimándolas únicamente occidentales. Y qué pasa si los conocimientos de pueblos no occidentales son también, de cierta forma, ciencia; que la manipulación

de plantas, el conocimiento de especies y morfologías de hongos y la extracción de medicinas y sustancias alucinógenas son también tecnología, o que la fabricación de canastos, la elaboración de tejidos, la construcción de casas y canoas son también técnica, y que la especulación sobre estos temas es también ciencia ficción. En un mundo en el que la tecnología está impulsada por el mercado y el capitalismo, imaginar desarrollos tecnológicos en otro marco conceptual resulta refrescante, y un campo por explorar. ¿Es posible imaginar un futuro no occidental? ¿Es posible imaginar una alternativa al desarrollo o la modernidad como la conocemos? El cuento que incluimos acá del peruano César Santivañez, “Yo hablo con mil voces”, va en esa dirección. Un ingeniero químico peruano regresa a su Amazonas natal y, en una profunda visión psicodélica con yopo, se le revela un polímero natural que podría hacer avanzar la tecnología de tratamiento de aguas contaminadas con petróleo.

- B. Así como no podemos definir ciencia ficción con absoluta precisión, “Latinoamérica”, y peor aún “lo latinoamericano”, o la “identidad latinoamericana”, es un embrollo con una historia y una cantidad de discusión aún más complicada. Muchos de los autores que se entretienen con esto incluso llegan a criticar el concepto mismo como una ficción cultural producida por Europa, que tal vez sirve como categoría, pero que no tiene una esencia estable. ¿Y si esa esencia es la inestabilidad, la hibridación, el cambio y la movilidad?

¿La no esencia? Néstor García Canclini, Bolívar Echavarría o Fernando Ortiz, los grandes autores sobre estos temas, hablan todos de distintos tipos, grados o capas de mezclas enmarcadas en experiencias compartidas. Tal vez lo que tenemos en común es la historia de colonización europea —que desde el inicio marcó un triángulo entre el europeo colonizador, el indígena y el negro—, el mestizaje entre estos, además de una historia de dominación económica, política, social y epistémica que continúa operando en el presente, sobre un territorio geográfico específico. Echavarría nombraría esta constante batalla como un *ethos* barroco que se contrapone o superpone a la “modernidad”; en un campo de lo global y lo local, lo tradicional y lo moderno, lo culto y lo popular, y además la lucha de clases, con sus intersecciones de raza, género y etnia. Ser latinoamericano, de una forma aristotélica, podría verse como las coordenadas de todas esas magnitudes para enmarcar al sujeto. Una máquina mestiza. Mi posición para esta antología es más simple y wittgensteniana, aquello que se llame a sí mismo latinoamericano (el significado es el uso) es latinoamericano. Y por eso, aunque quise incluir todo lo que pude de América Latina geográficamente, me pareció importante dar el paso extra de escoger a un autor latinX de Estados Unidos para hacer el puente que nos reta el concepto de lo latino. Richie Narváez, de padres portorriqueños (Puerto Rico hace parte de Estados Unidos), pero criado en Brooklyn, ha aparecido en múltiples antologías de

ficción especulativa, hablando de lo portorriqueño, y en este caso nos deleita con la divertida “Room for Rent” (“Se alquila habitación”) sobre extraterrestres que experimentan también lo colonial. Son muchos los que se llaman a sí mismos latinos, pero que nacieron en Estados Unidos (u otros países), no hablan español, ni han visitado jamás parte alguna de “América Latina”, pero su identidad es una lucha. Son nuestros hermanos y hermanas que se fueron; aun así, la frontera que pasaron ya no nos tiene que separar.

- C. Si lo latinoamericano es tan diverso, ¿qué caracteriza a la literatura de ciencia ficción latinoamericana? Aunque podría citar la tesis doctoral de Rodrigo Bastidas (*Cuerpos luminares y de otras dimensiones*, en la que habla específicamente de Colombia) o alguno de los dos excelentes volúmenes de *La historia de la ciencia ficción latinoamericana* (editados por Teresa López Pelliza y Silvia Kurlat), prefiero la introducción de *Planetas invisibles* de Ken Liu:

Siempre que sale a relucir la ciencia-ficción china, los lectores anglófonos me preguntan lo mismo: “¿En qué se diferencia la ciencia-ficción china de la que se escribe en inglés?”. Suelo decepcionarlos y responder que la pregunta no está bien planteada. Cualquier clasificación literaria relacionada con una cultura (sobre todo, si se trata de una cultura tan cambiante y convulsa como la de China en la actualidad) tiene

que englobar todas las complejidades y contradicciones de dicha cultura.

Responder algo así de manera concisa solo puede dar lugar a generalizaciones de poco valor o a estereotipos que reafirman prejuicios ya existentes.

Para empezar, no creo que la expresión “ciencia-ficción escrita en inglés” sea una categoría válida para comparar (las ficciones escritas en Singapur, Reino Unido o Estados Unidos son muy diferentes entre sí, y hay más divisiones entre ellas y dentro de dichas fronteras geográficas), por lo que se podría decir que ni siquiera tenemos un punto de referencia con el que comparar la llamada “ciencia-ficción china”.

Y esto mismo se puede decir de lo latinoamericano. Es un continente entero. Uno se puede atrever a decir que incluye vastas partes de Estados Unidos y Canadá; en Los Ángeles un 47% de la población es de origen latino. Lo latino es complejo y extremadamente diverso, no cabe en el puñado de estereotipos a los que nos quieren reducir las películas de Hollywood, ni a los estereotipos o generalizaciones que tenemos cada uno de nosotros sobre nuestras propias regiones. Ni siquiera conocemos bien las regiones, regionalismos, comidas típicas, modismos ni tradiciones (que tampoco necesariamente nos definen) de cada uno de nuestros países vecinos. Escogimos “Bogansotá, 2046”, del colombiano Juan Pablo Bustamante, no solo por su extraña narrativa, y la idea absurda de que los gansos enseñan matemáticas

a niños usando sus lenguas dentadas, sino por hacerlo todo en el tono tradicional (uno de varios) de Bogotá.

Para complicar aún más esto: ¿acaso tenemos que esperar que lo que escriba un individuo latinoamericano encaje en lo que imaginamos que es lo latinoamericano? La película *American Fiction*, del 2024, es sobre un escritor negro en Estados Unidos que escribe usando un lenguaje y unos temas que su editor no considera “lo suficientemente negros”, y solo se le permite publicar si habla sobre tiroteos, criminales *gangsta*, familias disfuncionales y drogas. Ese mismo esencialismo espera y premia el cine y la literatura colombiana que muestra narcos, pobreza o gente bailando salsa; es lo que se espera que hagamos, o si no, no es lo suficientemente colombiano. En los últimos años ha habido una intensa relación entre lo “decolonial” y el capitalismo, que busca con ansias, como Disney, representar (hablar en nombre de) alguna “minoría”; suena bienintencionado, y sí necesitamos representaciones que no solo sean hombres blancos salvando al mundo, pero existe el peligro de caer en los mismos estereotipos miopes de siempre. En este libro intentamos escoger cuentos que, más que representar algo de sus países (para también poner en entredicho la solidez de la identidad nacional), no sean una caricatura de lo latino, aunque jueguen con esas expectativas: los cuentos “Ven, devórame otra vez”, del chileno Javier Fontecilla, sobre unos astronautas atrapados por un parasitoide extraterrestre, y “Le viajere”, de la argentina Paula Salmoiraghi, sobre una austronauta no

binarie tentade a perder su identidad humana en un planeta sin individuos, son ejemplo de esto. Estas son identidades más complicadas, no cisheteropatriarcales, que complican lo latino. Pero muchos de los cuentos en esta antología no se refieren, ni necesariamente les importa representar, a sus países.

Aunque...

¿Sí puede generalizarse la ciencia ficción latinoamericana?

El New Weird

¿Es un género? ¿Es un estilo? ¿Es una etiqueta comercial?

En esta antología he hecho el esfuerzo de barajar autores reconocidos, como Andrea Chapela, Maximiliano Barrientos, Pablo Dobrinin, César Santivañez, con autores no tan conocidos. Esto para no repetir a los autores de la gran ola que han aparecido ya en múltiples antologías (y tiene sentido porque son muy buenos), y que además han sido traducidos a otros idiomas y se han ganado premios: Ramiro Sanchiz, Gabriela Damián Miravete, Maielis Gonzales Fernández, Erick Mota, Liliana Colanzi, Jorge Baradit, Edmundo Paz Soldán, etc. Dada la oportunidad de hacer una nueva antología de ciencia ficción, siento que mi labor también es mostrar las nuevas caras y ponerlas en diálogo.

Los mentados autores, que siguen siendo disruptivos, y han marcado un antes y un después, conectados por editoriales, circuitos de lectura, festivales y encuentros universitarios, han sido en muchas oportunidades enmarcados en

lo New Weird. En “La canción del espectro” del boliviano Maximiliano Barrientos, nos enteramos de un accidente de avión en la selva; aunque ha sido imposible localizar el fuselaje, en el área del accidente aparecen niños que cantan, haciendo que quienes se los encuentren tengan una profunda experiencia psicodélica. Por otro lado, “Un jardín en Nueva Kybartai”, del uruguayo Pablo Dobrinin, nos habla de un tipo de arte abstracto producido por alienígenas de Ganimedes que permite ¿viajar a otras dimensiones? Estos dos cuentos los escogimos porque contienen los elementos típicos del Weird.

¿Qué elementos? En mi opinión: 1) algo raro está pasando y no terminamos de entenderlo y 2) esa cosa rara contamina, mancha, transforma.

Lo raro, el “Weird”, se rastrea tradicionalmente hasta la escritura de H. P. Lovecraft, que plantea un nuevo tipo de terror para su época: un terror cósmico. Las criaturas ciclópeas de sus historias son terroríficas, no porque sean feas, o porque quieran matar al personaje principal, sino porque la extrañeza que produce es tal que el solo contacto visual o tal vez telepático puede producir la locura; a veces solo con saber que existe es suficiente para iniciar una serie de transformaciones inexplicables. Lo raro también es raro porque es difícil de clasificar, a veces como ciencia ficción, a veces como fantasía, o incluso terror, o todas al mismo tiempo. Ese tipo de imaginación ha aparecido antes en otras literaturas. “Ningún hombre podrá ver mi rostro y seguir viviendo” (*Éxodo 33:20*). Las historias de rabinos que entran en contacto con ángeles monstruosos

y enloquecedores son comunes al misticismo de Merkava y Hekhalot en los primeros siglos del primer milenio, y en esa misma rama hay montones de ejemplos arqueológicos de contacto con lo extraño. La literatura de la nueva ola de la ciencia ficción de los sesenta y setenta, lideradas por Philip Dick, Stanislaw Lem, los hermanos Strugatsky y James G. Ballard, exploraban esas mismas rarezas en un mundo de tecnología cambiante: se cuestiona lo real, los productos de consumo masivo como los automóviles y las drogas que alteran la percepción y entremezclan lo humano con lo tecnológico. Incluso René Rebétez y hasta cierto punto Alejandro Jodorowsky hicieron un tipo de ciencia ficción que se iba por ese lado y con uno que otro elemento “latinoamericano”. El uruguayo Ramiro Sanchiz ha defendido que este New Weird Latinoamericano se diferencia mucho del New Weird británico y norteamericano que surgió en la primera década de los 2000, que, según él (y lo apoyo), se acerca más a la fantasía, y no necesariamente exploran ese misterio como lo están haciendo los latinos. Rodrigo Bastidas ha dicho que lo mágico, lo chamánico, lo místico han aparecido y resaltado con mucha frecuencia en nuestra ciencia ficción. Yo agregaría que tal vez es eso, pasado por una capa de intelectualismo, lo que nos ha dado nuestro New Weird. A veces en forma terrorífica, a veces en forma de exploración religiosa. ¿Por qué será? ¿Por qué no puede ser simple y llana ciencia ficción, dura, matemática, de ingeniería? Lo que puede resultar atractivo para explicar el New Weird latinoamericano también puede terminar siendo esencialista: podríamos decir

que nos gusta el Weird porque nuestro interés en la ciencia ficción es el de unos sujetos que vienen de países donde no se hace ciencia, tal vez usamos elementos fantásticos porque no entendemos a cabalidad cómo funciona la tecnología. En una entrevista con Hao Jingfang, Kim Stanley Robinson dijo que en Latinoamérica no hay ciencia ficción porque no hemos pasado por el proceso de industrialización, a diferencia de China, y que por eso la literatura latinoamericana “está llena de eventos mágicos inexplicables”. Esa sería una forma problemática de afirmar que el Nuevo Raro Latinoamericano es una continuación actualizada del realismo mágico en nuestro mundo tecnológico. Habrá que perdonar a Kim. No sabe lo que dice. La ciencia ficción norteamericana también está llena de eventos inexplicables, no todo es ciencia ficción dura. Y sí, en nuestros países sí hay científicos y ciencia y tecnología, y además vivimos rodeados de ella. Yo propongo más bien que la modernidad entró a Latinoamérica primero como una promesa de cambio, pero rápidamente como una patada que nos ha convertido en país de materias primas para ser explotado. Entró en forma de masacre de las bananeras, en forma de sistema de producción en masa, en forma de desastres medioambientales, en forma de sospecha: la sospecha de que alguien se quiere lucrar con nosotros, y que la promesa nunca se va a cumplir. ¿Es una ciencia ficción de izquierdas?

Pero así también es en otros lugares. La ciencia ficción no es ya la ingenua de los Supersónicos, ni acá ni en ningún otro lugar, es la ciencia ficción de la crítica; crítica, sobre todo, de nuestro presente. Y estamos en todo el derecho

de hablar de monstruos, de alienígenas, de robots, de la exploración mental, de lo que es la realidad, pero todo será pasado inevitablemente por el filtro de nuestro mestizaje: nuestras máquinas siempre serán máquinas mestizas.

Ven, devórame otra vez

Javier Fontecilla (Chile)

Día 117

25

Las luces de las pantallas y tableros eléctricos eran suficientes para alumbrar al aquejado Ezequiel, que permanecía sentado en una posición incómoda mientras intentaba darle sentido a lo que leía en el manual de operaciones de la nave exploradora Horizonte. El grueso tomo impreso estaba en inglés, por lo que el muchacho se tardaba más de lo normal al tener que traducirlo con su dispositivo personal.

Levantaba la mirada de vez en cuando, con los ojos cansados. No acostumbraba a leer, no le gustaba para nada, pero era una situación de vida o muerte, por lo que tenía que seguir adelante. Afuera, una cortina de neblina verde cubría todo el visor. Tampoco es que hubiese mucho que ver. Hasta donde sabía, el planeta era una desolada mezclanza de montañas y valles pedregosos. Se suponía deshabitado; no obstante, sabía que no era así. Suspiró fatigado y se sumergió nuevamente en el manual. Luego de una hora, en la que avanzó unas cuantas páginas, dejó el grueso volumen a un

costado. Tenía que chequear a Eduardo, así que se levantó de la silla del comandante y estiró sus agobiados músculos.

Al recorrer el pasillo principal revisó de vista todas las puertas. Estaban cerradas, y así lo prefería. Los cuerpos mutilados de los demás tripulantes se encontraban apilados detrás de varias de ellas, por lo que no quería imaginar el hedor que debía de brotar allí. Tampoco se atrevía a abrir la compuerta principal y tirarlos afuera, con lo que había visto le bastaba y sobraba para querer salir de allí, y olvidar rápidamente lo sucedido, o al menos eso intentaba, si lograba hacer despegar la maldita nave. La exploradora espacial Horizonte no era una nave gigantesca como otras de la flota de la Confederación Terrestre; en cambio, esta estaba diseñada para acarrear a trescientos tripulantes, tanto militares como astrónomos, geólogos y otros científicos, con la misión de reclamar nuevos planetas para la Confederación.

Al acercarse a su habitación, el ritmo pegajoso de Los Vasques llegó a sus oídos. Eduardo amaba la música romántica, así como la bachata y la cumbia, por lo que dejaba el reproductor musical encendido para ayudarle a matar el tiempo. La letra melosa de “Miénteme una vez” lo animó a tararear en voz baja para sí mismo.

Encontró a Eduardo cantando y notó que estaba de buen humor. Al verse descubierto, este rio suavemente. Una mezcla de felicidad y dolor acompañó a la sonrisa que le regaló a Ezequiel.

—¿Pudiste descifrarlo? —preguntó Eduardo, mientras Ezequiel se acercó y le acarició la cabeza, desordenándole el

pelo. Una de las pocas partes de su cuerpo que seguían sin ser invadidas.

—No todavía, pero estoy cerca. Al menos ya entiendo cómo hacer que la energía se redistribuya para alimentar los motores.

Con el control le bajó el volumen a la música, para así escucharse mejor.

—Si quieres, puedes apagarla. —Eduardo se notaba dividido. Sabía que, sin la música, el tiempo se volvería tortuoso—. Es más importante despegar que mi sesión de karaoke.

—No es necesario. Al menos no todavía. ¿Cómo te has sentido?

Eduardo se encogió de hombros, o al menos eso interpretó Ezequiel, que estudió aquello en lo que se había transformado su amigo.

—Ya sabes, a veces bien, otras veces no. El parásito parece disfrutar de su estadía, pero no creo que yo sea el anfitrión perfecto. Como dijo el doctor, esa vez en la cafetería: es un ser de otro mundo, está diseñado para hacer simbiosis con seres de su planeta.

—Y nosotros no somos de aquí —completó la frase Ezequiel. No quería admitirlo, pero se le apretaba el estómago al ver a Eduardo así. Su cuerpo, antes joven y esbelto, se había transformado en una masa rosada que parecía un escupitajo gelatinoso.

Al ingresar al Horizonte, el parásito simplemente intentó completar su ciclo vital. Necesitaba un anfitrión a toda costa, pero el huésped parecía no ser el indicado. El

humano no era la carne que necesitaba. Sin embargo, agradecía que el destino de su amigo no fuese el mismo que el del resto de la tripulación. Aún soñaba con los gritos de los demás, así como con los ecos que dejaron en su memoria los cuerpos mutilados de aquellos rechazados por el parásito.

Eduardo seguía vivo y, por alguna razón desconocida, su cuerpo lograba satisfacer al indeseado visitante. Como era incapaz de moverse, Ezequiel era el encargado de alimentarlo, así como del mantenimiento completo de la nave, además de ejecutar el plan de escape. Tenían que salir de allí, despegar y dirigirse a la estación médica Nuevo Cielo. Con una falsa sonrisa, le dijo a Eduardo que no se preocupara, que al final todo saldría bien.

Día 122

La comida comenzaba a escasear. Así lo reflejaban los anaqueles y las despensas vacíos. Cabizbajo, Ezequiel recolectó lo que pudo y decidió investigar la bodega de abarrotes de la nave. Al cruzar el pasillo central, sonrió al notar que, dos pisos más arriba, Eduardo escuchaba “Ven, devórame otra vez” de Lalo Rodríguez. Era su canción favorita y eso le despertaba recuerdos felices. *Hasta en sueño he creído tenerte devorándome. Y he mojado mis sábanas blancas recordándote.*

Se conocieron bailando en grupo una noche de música retro. Él era de micheladas; Eduardo, de piscola. La bachata y la salsa retumbaban por los parlantes. Los jóvenes intentaban dominar los pasos que otras modas los hicieron olvidar. Se vieron entre la masa de cuerpos bailando. Alzaron sus